

LIBRO TERCERO

LOS VISIGODOS

CAPÍTULO PRIMERO

HISTORIA POLÍTICA DE LOS VISIGODOS, DESDE SU SEPARACION DE LOS OSTROGODOS HASTA LA FUNDACION DEL REINO DE TOLOSA.

Hemos visto que la rama visigoda, ó los tervingos, formaban á orillas del mar Negro un solo pueblo con los ostrogodos bajo el mando de los reyes de esta última rama; pero que despues en tiempo del rey Ostrogota se habian separado por los años 250 de nuestra era de la colectividad para vivir como pueblo aparte regido por tantos jefes ó reyezuelos como tribus ó distritos formaban. Cuando un siglo despues el conquistador Ermanarico reunió temporalmente las diferentes tribus en una colectividad ó confederacion ofensiva y defensiva, dejó subsistente la organizacion interior; pero aun la mutua y floja dependencia en casos de guerra habia ya desaparecido antes del primer ataque de las hordas hunas. A mediados del siglo IV encontramos á muchos jefes de tribu independientes el uno del otro. Atanarico habia sucedido en el año 366 á su padre Rotestes, uno de los jefes parciales por los años 340, quizás ya en virtud de una tendencia hácia una jefatura hereditaria, y acaudilló varias tribus aliadas hasta 381. Ciertamente es que entonces eran las tribus visigodas bastante independientes y estaban demasiado separadas de sus afines los ostrogodos para hacer por sí solos la paz ó la guerra con los romanos. En mayo de 366 auxilió Atanarico á un usurpador llamado Procopio contra el emperador Valente, y muerto su aliado resistió á las legiones imperiales en tres campañas, desde 367 hasta 369, con tan buen éxito, que el emperador apurado se alegró mucho de poder hacer la paz, aunque para ello tuvo que prestarse á celebrar la entrevista con Atanarico á bordo de una nave en medio del Danubio, para complacerle tocante á un juramento que el rey visigodo pretendia haber hecho á su difunto padre de no poner jamás los piés en territorio romano. Despues, entre 369 y 372, hubo de guerrear el mismo Atanarico contra otro jefe visigodo, llamado Fridigerno, que derrotado se refugió en territorio romano, como mas próximo al que ocupaba su tribu. Las tropas imperiales le protegieron; y convertido al cristianismo, probablemente á invitacion del emperador Valente, que era celoso arriano, hizo desde allí una activa propaganda entre las otras tribus de su raza. A esta propaganda se opuso con todas sus fuerzas Atanarico, porque la independencia nacional estaba unida al culto de los antiguos dioses y con el cristianismo creia ver entrar tambien á los romanos. Esta oposicion nacional ha sido representada por los autores eclesiásticos como una persecucion cruel contra los cristianos.

Pocos años despues, estando en tratos de paz Atanarico y Fridigerno, cayó sobre los godos la avalancha hunica. Sucumbieron los ostrogodos; Atanarico con sus visigodos intentó resistir, pero hubo de retirarse, aunque de mal grado, y po-

ner el rio Dniester por medio. Cuando la caballeria ligera de los hunos pasó súbitamente el rio á favor de la noche, Atanarico se retiró detrás del Pruth; pero la mayor parte de sus tribus visigodas, aterrorizadas de tan horribles cuanto salvajes y crueles enemigos, solo se creyeron seguros bajo la égida y en territorio de los romanos, donde esperaban unirse con Fridigerno el cristiano, con Alavivo y otros jefes godos. Probaron, pues, á pasar el Danubio y meterse sin pedir permiso en el imperio; pero fueron rechazados. Atanarico, enemigo del emperador y del cristianismo, que habia jurado en otro tiempo no pisar el territorio romano, no podia esperar ser admitido en él; refugióse, pues, con los que le habian permanecido fieles en las sierras del Noroeste, es decir, en la Transilvania. El emperador destinó los demás, que contaban como un millon de almas, entre ellas 200,000 hombres capaces de llevar las armas, á la Tracia, donde les dió terrenos en cambio de la obligacion de servir contra los enemigos del imperio. Esto fué en el año 376. Alimentar un número tan grande de bárbaros hambrientos era tarea poco menos que imposible, aun con la mejor voluntad del mundo. A esta dificultad se agregó la codicia de los gobernadores romanos Máximo y Lupicino que no quisieron vender los comestibles á los infelices inmigrantes sino á cambio de todo cuanto llevaban consigo, oro, armas, esclavos y hasta sus mismas mujeres é hijas para satisfacer sus depravadas pasiones. El odio que esto creó entre los desventurados godos que no sabian cómo poner remedio á tan negra suerte, se fué rápidamente concentrando y no tardó en encontrar la ocasion de estallar. Habia invitado Lupicino á los jefes Fridigerno y Alavivo á un banquete en la ciudad de Marcianópolis, cuando los godos se agolparon delante de la puerta de la ciudad para entrar á proveerse de viveres. Los guardias que tenian orden de no dejarlos entrar, se resistieron y en la reyerta fueron vencidos por el mayor número. Al saber Lupicino lo sucedido y que habian muerto los guardias, sin decir nada á sus huéspedes, ya fuese por miedo ó por venganza, dió orden de matar á todo el acompañamiento de los jefes que se habia quedado á la puerta de palacio; pero los alaridos de los atacados subieron hasta la sala del banquete, donde los jefes godos, sospechando traicion, solo debieron su salvacion á la serenidad de Fridigerno que declaró con fingida tranquilidad que no respondia de nada si no se les dejaba á él y á sus amigos ir á calmar el alboroto de los suyos. Contento el gobernador los dejó marchar, y así llegaron sanos y salvos fuera de la puerta donde los visigodos armaban una gritería espantosa. Este día sangriento decidió de la suerte de los visigodos cambiando la situacion precaria y la paz, tan fatal para ellos por el hambre que traia consigo, en una guerra franca y salvadora. Fridigerno, aunque cristiano y aliado del emperador, no podia abandonar á su pueblo, y se puso á su cabeza en actitud hostil; Lupicino le atacó, pero fué derrotado y sitiado en la ciudad de Marcianópolis, á donde se refugió. Al saber esto los otros bárbaros despara-

mados por aquella parte del imperio, ya sirviendo como voluntarios en las legiones, ya fugitivos escapados de los hunos ó de sus amos bizantinos á los cuales se habian vendido para no morir de hambre, todos, ostrogodos, visigodos y taifales, acudieron sueltos y en bandadas á engrosar el ejército de Fridigerno.

Durante siglos habia ido admitiendo el imperio romano tribus y tribus de germanos de toda clase en sus territorios y servicio, hasta que llegó irremisiblemente el día fatal en que bastó que un jefe de tribu se levantara con alguna fortuna al principio, para que en seguida se reunieran alrededor de este centro todos los de su raza que podian escaparse del punto donde estaban. En su terrible ira devastaron los godos reunidos durante mucho tiempo la Tracia, tomando por fuerza lo que antes tenian que comprar, y no contentos con lo necesario tomaron mas. El emperador, despues de tratar largo tiempo é inútilmente con ellos para hacer la paz, en vista de que los godos habian resistido con suerte varia en algunos encuentros á las tropas, acudió con refuerzos; pero perdió cerca de Adrianópolis, en 3 de agosto de 378 en una gran batalla, la vida y dos terceras partes de su ejército. Así, los romanos dieron á este combate el nombre de segunda batalla de Canas. A consecuencia de este golpe cayó todo el país alrededor de la Tracia en manos de los bárbaros desde Perinto hasta Bizancio, y desde el mar Negro hasta los Alpes Julianos, menos las plazas fuertes donde se sostuvieron las guarniciones imperiales.

Hubo entonces un jefe godo que dijo que le asombraba la increíble petulancia de los romanos que seguian ilusionándose con victorias imaginarias y se empeñaban en no abandonar el país, cuando los godos los mataban como carneros, de modo que á menudo él se cansaba de matar. Esta marea goda que todo lo inundaba no paró hasta que Teodosio el Grande fué proclamado en enero de 379 emperador de Oriente. En seguida Teodosio restableció la disciplina en el ejército y despertó su valor con algunos encuentros felices; su superior estrategia y mas que todo su talento para dividir á los muchos jefes de tribu y familias bárbaras por medio de la envidia y los celos le aseguraron la victoria. Facilitábala tambien la circunstancia de que Fridigerno no era mas que un jefe accidental de tropas agregadas libremente sin compromiso, sobre las cuales no tenia ni influencia ni poder, pudiendo separarse cada grupo á su placer siempre que le conviniera, conforme hicieron casi todas al momento de ponerse la suerte adversa. Los ostrogodos aceptaron despues de algunos descalabros la paz que les ofreció el hábil emperador y se establecieron en 380 en la Panonia. Otras hordas visigodas se pasaron á los romanos para sorprender una noche á sus propios hermanos y causarles sangrientas pérdidas. Fridigerno murió en 380 ó 381 á lo que parece en una correria al través del Epiro, la Tesalia y Acaya, siendo reemplazado por su antiguo enemigo Atanarico, que habia abandonado la Transilvania á consecuencia de divisiones interiores entre sus compañeros, y se habia visto forzado, no obstante su juramento, á refugiarse en territorio romano. Hizo paces y alianza ó pacto con Teodosio, y así siguieron las cosas hasta el levantamiento de Alarico. Mucho interesaba al emperador conservar esta buena armonia, y á fin de lograrlo hizo todo cuanto pudo para contentar y atraerse á tan antiguo enemigo, prodigándole honores, invitándole á Constantinopla donde le dispuso una entrada magnífica, saliendo un gran trecho á recibirle; y cuando murió dos semanas despues le hizo un entierro regio y le erigió una columna conmemorativa.

La vista de la capital con sus magníficos alrededores, los innumerables buques surtos en su puerto, los espléndidos

é imponentes edificios, las oleadas de gente de todos los tipos en las calles, las legiones marciales formadas en filas alineadas, todo esto le impresionó tanto al jefe godo que exclamó: «En verdad, el emperador es un dios en la tierra; el que levantara contra él su mano, seria hombre muerto.» Puede presumirse que desde este momento el jefe godo debia convencerse á la vista de tanta civilizacion, riqueza y poderío que el porvenir de su ambulante pueblo no estaba en la lucha contra este imperio sino en servirlo. Muerto Atanarico en 25 de enero de 381 prevaleció el partido de la paz entre los godos, los cuales hallándose entonces sin rey y solo mandados segun las tribus por un gran número de príncipes, condes y cabezas de tribu de iguales pretensiones, fueron enviados á la frontera, donde el gobierno les cedió tierras y anualidades para los jefes, en cambio de la obligacion de servir al imperio con las armas contra otros bárbaros de fuera, renovándose solemnemente en octubre de 381 el pacto celebrado antes con Atanarico.

Fuera de estas masas principales de visigodos establecidos en la Tracia, servian individuos sueltos y grupos de godos y otros germanos en ambos imperios, oriental y occidental, tanto en las guarniciones y administraciones civiles como en los campos fortificados, diseminados por todas las provincias, y entre ellos muchísimos individuos de familias nobles ó reales en su correspondiente tribu, sin abandonar por eso, antes bien conservando la posicion de condes, nobles ó jefes de tribu que tenian entre los suyos. Con gran astucia el emperador procuró deshacerse de los jefes del partido de la guerra por medio de algunos fieles y adictos godos sometidos á Roma. Así el godo Fravita asesinó en Constantinopla á uno de estos jefes llamado Eriulfo, por cuya accion recibió por esposa á una distinguida romana, amén de distinciones honoríficas personales y altos empleos que le ligaron aun mas fuertemente á la corte.

Los jefes del partido hostil á Roma pudieron obedecer, entre otros móviles, á su afición á la guerra, propia de los pueblos toscos y rudos, y á su deseo de robar; pero en medio de esto, hay que reconocer que, aunque quizá sin una idea clara de su objeto, aspiraban al bien del pueblo godo, á protegerlo y á defenderlo.

Entonces se veia la raza goda muy amenazada de perder en el servicio del imperio el don mas precioso de un pueblo, su individualidad; y muchas de sus familias y hombres sueltos, así jefes y nobles como plebeyos á sueldo de Roma y Bizancio, fueron absorbidos por los romanos luego que dejaron de estar en contacto con aquellos de los suyos que continuaban reunidos en masas ambulantes en busca de países que los mantuvieran. No se dejó absorber Alarico, que muy jóven aun se habia alistado en las tropas imperiales; era hijo de una antigua familia visigoda llamada de los Baltos, que quiere decir los arrojados ó atrevidos (como aun hoy *bold* significa en inglés atrevido), celebrada en las tradiciones, y cuentos posteriores y en la historia de los godos como la mas noble despues de la Amala. Nació entre los años 370 y 375 en la isla Peuce del Danubio, y por su noble prosapia y méritos personales, era ya á la edad de 25 años, en 394, jefe de un numeroso cuerpo de godos al servicio del imperio, en cuya calidad tuvo ocasion de distinguirse en la batalla de Aquileya contra el pretendiente Eugenio, que trataba de derribar al emperador Teodosio, llamado el «amigo de los godos.»

Duraron las buenas relaciones entre godos y romanos aun despues de muerto este gran hombre, bajo el reinado de su débil hijo, el niño Arcadio; pero luego hubieron de reconocer los godos que al gobierno sólido y ordenado de Teodosio habian sucedido miserables oscilaciones efecto de intri-

victoria alcanzada por Honorio (!!) con la ayuda de Jesucristo para deshacer el error en que estaban gente como Simaco y otros partidarios del paganismo cuando decían que Alarico era enviado por los dioses antiguos para castigar a la Italia por haber abandonado sus altares. No falta, sin embargo, quien pretenda que no hubo tal victoria, quizás porque no fué decisiva para los sucesos posteriores y para la marcha sucesiva de la guerra; porque Alarico, arrojado de pronto al otro lado del Po, no solo repasó luego este río, sino que se adelantó en dirección de Roma; bien que no tardó en retroceder a la orilla occidental, donde entabló negociaciones de paz, quizás obligado por la falta de víveres ó la deserción de algunos jefes. Durante estas negociaciones fueron aproximándose los godos a los Alpes para asegurarse la salida, y queriendo temerariamente sorprender la plaza de Verona les dió Estilicon una lección tan dura, que tuvieron una segunda edición de Folve, quedando tan completamente cercados que el hambre y luego las epidemias y las deserciones redujeron considerablemente su número y les pusieron a dos dedos de su total ruina. El general romano les permitió otra vez salir del aprieto y les dejó retirarse a la Iliria, donde se establecieron alrededor de Emona como punto más importante, evidentemente en cambio de seguridades exigidas por Estilicon, que consistieron, según se presume, sin que existan pruebas, en arrancar la Iliria oriental a los bizantinos y ayudarle a poner a su hijo Euquerio en el trono del imperio de Oriente. Lo cierto es que el vándalo Estilicon, ministro del imperio occidental, basaba su poder y preponderancia sobre la corte, el ejército y el imperio en los elementos germánicos, pues que sus enemigos y adversarios en la corte eran cabalmente los defensores de la tendencia contraria a los germanos; de modo que Estilicon y Alarico con sus visigodos eran de hecho aliados naturales, mientras los godos no atacaban el país y se contentaban con ser su apoyo con el carácter de confederados. Mirada la cosa de esta manera no aparece el ministro de Honorio de ningún modo traidor al país que regía, y cuyo bienestar dependía real y positivamente de la entonces única persona capaz de defenderlo. Ante todo trató el general y ministro de hacer servir a los visigodos, desviándolos de paso de Italia, para reconquistar la Galia, donde el pretendiente Constantino gobernaba por su cuenta; y como paga para Alarico pidió y obtuvo del Senado 40 quintales de plata. Este fué el postrer fruto de su influencia, que quedó comprometida mas que nunca cabalmente por esta misma inteligencia con el rey godo. El odio y la desconfianza de sus contrarios, enemigos mortales de los bárbaros, de los cuales se servían sin embargo, como los demás, llegaron a su colmo, sirviendo de instrumento a sus planes un jefe visigodo llamado Saro, antiguo enemigo de Alarico, que se prestó a asesinar al único hombre capaz de sostener el imperio en aquellas circunstancias. El asesinato de Estilicon se llevó a efecto con el asentimiento de su propio yerno, el miserable Honorio.

El partido nacional católico romano ortodoxo, enemigo de los extranjeros, había ganado; y la mejor prueba de que este era el objeto de la catástrofe la tenemos, en que muerto Estilicon fueron asesinados en 23 de agosto de 408 su hijo Euquerio, y toda su guardia, compuesta casi exclusivamente de germanos, y hecho esto, el gobierno publicó órdenes severas prohibiendo admitir al servicio romano gentiles ni arrianos. El resultado fué un aumento de fuerzas para el enemigo más temible del imperio, porque como los sucesores de Estilicon no quisieron relaciones con Alarico ni pagarle los socorros estipulados, corrientes y atrasados, ni menos darle rehenes en garantía según estaba convenido, ni permitir a los visigodos establecerse en la Panonia, y en cambio

licenciaban y despachaban a todos los bárbaros, ya combatesen en el ejército como mercenarios, aventureros y jefes, ya sirviesen en la administración civil, acogieronse todos estos a bandadas bajo los estandartes de Alarico, que por esto solo fué considerado en la corte con razón como «vengador de Estilicon,» fama que pagó la viuda de este, siendo sentenciada a la última pena y ejecutada.

Habiase desembarazado la corte del ministro y general sospechoso; pero como sus sucesores no habían heredado ni su talento ni su valor y pericia militar, pudo pasearse el rey visigodo con su gente sin ser molestados por toda la Italia. Pasó pues el Po, atravesó la Toscana pasando por Rimini y el Picentino, en cuyo trayecto solo le resistió Narni, colocada en inaccesible peña, y se plantó delante de las puertas de Roma que desde los tiempos de Anibal no habían visto un enemigo extranjero. Ocupado el Puerto de la ciudad y cortado el abastecimiento, no juzgó Alarico necesario proceder al asalto, tanto más difícil cuanto que se habían reforzado repetidas veces las murallas de Aureliano, mientras que por otro lado todo socorro de la ciudad por un ejército imperial era cosa imposible, porque este ejército no existía; de modo que sin gran molestia podía aguardar que la ciudad se rindiera por hambre, lo cual no podía tardar en suceder atendido el número de habitantes todavía muy considerable, aunque no pasase como pasaba en el período de Augusto hasta Trajano de un millón de almas. Una embajada de senadores pasó al campamento godo, y fué bastante insensata para querer intimidar a Alarico con el gran número de almas como un elemento de defensa digno de ser tomado en cuenta. Alarico contestó con mucho acierto: «cuanto más espesa la yerba, mejor se siega;» y en efecto muy pronto hubieron de aceptar los romanos las condiciones que quiso poner, y que al principio consistieron en la entrega de todo el oro y plata que había en la ciudad, y la libertad de todos los esclavos bárbaros. Cuando le preguntó la comisión lo que dejaba a los habitantes, contestó con desprecio: «la vida.» Sin embargo, posteriormente redujo sus exigencias a 5,000 libras de oro, 30,000 de plata, 4,000 ropajes de seda, 3,000 de púrpura y 3,000 libras de pimienta, especia entonces muy rara y de grandísimo precio. Con este rescate se contentó; levantó el sitio y tomó cuarteles de invierno en Toscana, donde se le juntaron hasta 40,000 esclavos escapados, en su mayor parte germanos.

¿Qué hizo en todo este tiempo el emperador Honorio, señor y protector de Roma, para aliviar la angustiosa situación de su capital?

Nada; ó mejor dicho negarse obstinada y terca a hacer la paz con el rey visigodo sin dejarse conmovir por las repetidas súplicas del Senado y del Papa. A esto se redujo toda su actividad. Hallándose seguro con su corte en Rávena, abandonó a Roma y la Italia a su suerte, sin tomar ni la más insignificante determinación ni para proteger el país ni para arrojar de él al enemigo, que lo devastaba y saqueaba tranquilamente. Dominado completamente por el partido anti germánico, mantúvose pasivo con la terquedad de un niño. Su ministro Jovio, conocido de Alarico, había tenido una entrevista con este en Rimini conviniéndose entre los dos la paz sobre la base de las exigencias del visigodo; pero cuando comunicó al emperador este resultado y Honorio le contestó negándose en términos altaneros a toda avenencia, Jovio conoció que no había esperanza alguna y que, so pena de hacerse sospechoso, no le quedaba otro remedio sino seguir la corriente de su amo. En su consecuencia se puso resueltamente a la cabeza del partido dominante en la corte, y después de jurar «por la cabeza del emperador» guerra a muerte a los godos, hizo jurar a todo el ejército lo mismo.

Por poco que se fije la vista en las condiciones de Alarico, se ve que en primera línea procuraba asegurar para su pueblo la existencia material, pidiendo a Jovio tierras, cereales y dinero; y solo en segundo lugar elevadas dignidades romanas para él; indispensables también para consolidar su posición en el imperio y colocado como estaba entre muchos otros jefes bárbaros. De ahí se infiere que Alarico se distinguió de los demás jefes godos al servicio de Roma, que no pasaban de ser unos meros aventureros, como los godos Eriulfo, Tribigildo, Gaina y Saro; como se distinguió después Teodorico de su rival el bizco ó Estrabon. Alarico el balto era el jefe, padre ó patriarca del pueblo visigodo, como Teodorico el amalo lo era de los ostrogodos. Claro es que esta tan distinta categoría les ataba hasta cierto punto las manos, porque habían de consultar a los hombres libres que constituían el pueblo que conducían, en todas las empresas que interesaban directamente a la nación, como la guerra, la paz, las alianzas, el abandono del territorio que ocupaba y la elección del nuevo adonde convenía ir, etc. En cambio de esta limitación de su autoridad, tenía ésta raíces por otra parte tan profundas en el pueblo, que los reyes podían prescindir en caso necesario de las dignidades y mercedes romanas, en cuyo caso no se hallaban otros jefes ó personajes principales de origen bárbaro, aunque fuesen el vándalo Estilicon y el suevo Ricimero, el confeccionador de emperadores. Ambos en efecto lograron tener bastante tiempo en sus manos las riendas del Estado, y sin embargo cayeron y en seguida desaparecieron, ó se confundieron con el elemento romano. Esta clase de generales y hombres de Estado pueden compararse en poder, brillo fugaz, influencia, muerte y olvido con el célebre Wallenstein, duque de Friedland, en la guerra de los «Treinta años» (1618-1648).

Conviene llamar la atención sobre esta diferencia entre unos jefes y otros con tanta más razón cuanto que alguna autoridad, muy respetable en historia, ha querido ver en los convenios de enganche celebrados entre los jefes bárbaros y los emperadores el origen de las monarquías germánicas, que sin embargo tienen raíces mucho más hondas, antiguas é independientes del servicio de Roma.

Alarico no había pedido nada para sí; solamente quería las anualidades estipuladas en dinero y cereales, y terrenos para su pueblo en el Véneto, la Dalmacia y la Nórica. El astuto ministro Jovio propuso pues al emperador que además nombrara al rey visigodo *Magister utriusque militiae* (general en jefe de ambos ejércitos del imperio de Occidente), seguro de que con esto rebajaría mucho sus demás exigencias. Apenas supo Alarico que el emperador ponía dificultades para concederle tan elevada dignidad, renunció a ella y también a las anualidades, al Véneto y a la Dalmacia, contentándose con que le dieran trigo para su gente, y la Nórica, que aunque país menos feraz que los otros dos, ofrecía en sus montañas y desfiladeros mayor facilidad de defensa para los visigodos, que poco á poco empezaban á comprender que la espada no bastaba para mantener un pueblo a la larga, ni puede reemplazar para siempre el arado.

Si estas condiciones hubiesen sido aceptadas, otro habría sido probablemente el papel que no solamente los visigodos, sino también los demás pueblos germánicos hubieran desempeñado en la historia. En lugar de sufrir en el aislamiento del Mediodía de Francia y de España la influencia de la civilización y de los elementos romanos y árabes, tal vez establecidos en los Alpes Nórnicos, al lado de los ostrogodos, habrían podido llegar unidos á ser, en lugar de los francos, la base de la influencia germánica en Europa. La terquedad de Honorio lo dispuso de otra manera obligando á Alarico á continuar la guerra. ¡Lástima de talento empleado por el

último y notable poeta romano Claudiano en celebrar las glorias de este «emperador poderoso en Cristo» que no ofrecía más motivo de elogio al poeta que la obstinación con que continuó todo su reinado detrás de seguras murallas!

Alarico necesitaba á toda costa conquistar una patria para su pueblo. Por un lado no podía ó no quería volver al imperio Oriental; é ir adelante sin el consentimiento del emperador de Occidente equivalía á sostener una lucha desigual contra toda la población romana y contra los ejércitos de Honorio. Para salir de estas dificultades acudió al extraño expediente de declarar destronado al emperador que rechazaba la paz mientras continuaba encerrado en Rávena y proclamar á otro en su lugar, que como criatura suya debía hacer lo que él quisiera, al paso que una parte de la población con el Senado cuya autoridad no dejaba de ser todavía muy respetable, al reconocer al nuevo emperador depondrían sus sentimientos hostiles hacia los godos y se vengarían con esto del abandono incalificable en que les había dejado Honorio. Así sucedió en efecto, y Honorio hubo de vencerse de que su cómodo sistema de negativas tenía también sus inconvenientes. Alarico se estableció por segunda vez al rededor de Roma, y obligó al Senado y pueblo romanos amenazándolos con el hambre y el asalto, á elevar al trono imperial de Occidente á Atalo, su gobernador ó prefecto, y vástago de una familia antiquísima senatorial.

A primera vista podría preguntarse por qué este gran miramiento de Alarico con el elemento romano y por qué no nombraba él mismo al emperador y le hacía reconocer su derecho; pero la respuesta es sencilla. Alarico no podía proceder de otra manera. Roma á principios del siglo V era para los invasores germánicos un poder mucho mayor y más temible que lo fué un siglo después, y todavía en el siglo VI el mismo Teodorico no se atrevió á presentarse en Italia como rey y se presentó únicamente como encargado y lugarteniente del emperador de Constantinopla. Alarico, pues, no podía ni cambiar el imperio romano en reino visigodo, ni encontrar entre los romanos una patria tranquila para su pueblo sin el apoyo de un emperador y de un partido romanos. No nos hemos de dejar engañar por la ilusión óptica desde nuestro punto de vista posterior y bajo la impresión de los hechos consumados; y aunque sabemos que setenta años después de Alarico quedó el imperio occidental destruido, no hemos de olvidar que en tiempo de este nadie, ni romanos ni germanos, pensaban ni remotamente en semejante eventualidad. Solo en los escritos de alguno que otro asceta cristiano (ó fanático, si se quiere) de la época se encuentra acá y allá alguna frase pronosticando la pronta ruina de Roma, que seguía apegada al paganismo; así se lee en los escritos de Salviano (VII, 151): «Jamás ha sido Roma ni tan espléndida ni tan miserable como hoy; no parece sino que su población ha comido la yerba sardónica, porque riendo muere.»

Cuatro siglos después pudo ceñirse la corona imperial Carlo Magno, porque además de haber sometido á su cetro todo el Occidente, era también la cabeza civil de la cristiandad ortodoxa romana; pero tal ambición no podía alimentar ni por asomo el hereje arriano Alarico que solo ocupaba la pequeñísima parte de Italia donde accidentalmente se hallaba con sus visigodos, y que no era más que rey de este pueblo.

Cometió luego Alarico la gran falta política de inducir al nuevo emperador á convertirse al arrianismo creyendo quizá que así le sería más adicto cuando en realidad le hacía perder con este paso todas las simpatías de los romanos y con ellas la esperanza de un poder duradero. Se ignora qué religión profesaba antes Atalo, si católica ó pagana; el hecho

gas de corte. Un día se les mermaba la paga, otro se les retenía, ó cuando la recibían se les daba con repugnancia y mal disimulado odio. En todo el imperio oriental se miraba con recelo, temor, odio y desprecio á estos bárbaros huéspedes: un discurso de Sinesio expresa de un modo característico estos sentimientos. Sinesio presentó la protección que se dispensaba á los bárbaros, principalmente admitiendo tanto godo en todas las provincias, en la milicia y en los empleos civiles, como un síntoma de la próxima desaparición

de lo que había quedado del genio vigoroso antiguo romano.

Documentos como este son de un valor inapreciable, porque muestran de cuán diverso modo consideraban los romanos y los germanos la oposición entre una y otra raza, entre una y otra civilización. Durante siglos se habían reído los romanos de los toscos y brutales germanos, alabándose de haber sabido emplearlos en la defensa del imperio mismo, al cual amenazaban con sus constantes excursiones; pero al

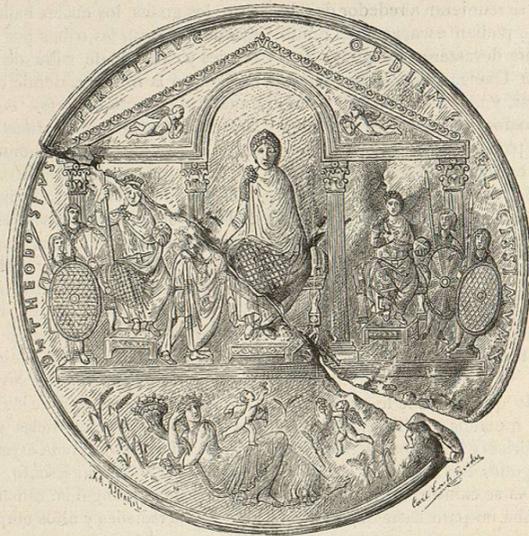


Fig. 134.—Disco de plata de Teodosio, de 76 centímetros de diámetro.—Es de relieve y representa al emperador Teodosio en el trono entre sus dos hijos Arcadio y Honorio.—Debajo del grupo está la Abundancia en actitud de descanso

fin hubieron de abrir los ojos y comprender que este sistema había sido una espada de dos filos. Por eso Sinesio decía hácia el año 394: «Antes de permitir que estos escitas (los visigodos) se paseen armados entre nosotros, debería haberse llamado á las armas á todos los romanos capaces de manejar lanza y espada; es una vergüenza que este populoso imperio abandone la gloria guerrera á extranjeros cuyas victorias, aun cuando nos sean ventajosas, nos hacen sonrojar. Estos hombres, acostumbrados al oficio de las armas, algún día querrán ser nuestros amos, y entonces tendremos que luchar nosotros, sin práctica ya, con aquellos que tienen mucha. Despertemos el antiguo espíritu romano y combatamos nosotros mismos á nuestros enemigos; no nos asociemos con bárbaros, echémoslos de todos los empleos y principalmente del Senado, porque aun ellos mismos se avergüenzan de obtener las dignidades que para nosotros romanos han sido siempre las mas elevadas y veneradas. Temis y Marte deben taparse el rostro al ver á estos bárbaros cubiertos de pieles mandar á hombres que ostentan el traje del guerrero romano; arrojar la piel de carnero que los cubre y cambiarla por la toga para luego decidir en consejo con magistrados romanos de la suerte de nuestro país; ocupar los asientos mas honoríficos delante de romanos nobles, inmediatos al cónsul, y en saliendo de la curia, arrojar riendo la toga que estorba segun dicen para sacar la espada, y volver á ponerse la piel de carnero. ¡Y estos bárbaros, hasta ahora nuestros esclavos, robustos y útiles como tales, quieren gobernarnos! ¡Ay de nosotros el día en que sus ejércitos y sus jefes, que viven ahora del sueldo que les pagamos, se

amotinen contra nosotros y se junten á ellos todos sus muchos compatriotas esclavos desparramados por todo el imperio! El jóven y robusto héroe (alude al infeliz Arcadio) debería condenar á trabajar como ilotas con el arado á estos esclavos, arrojados del país en que vivían, que recompensan con negra ingratitud la generosa hospitalidad de Teodosio, ó expulsarlos al otro lado de su Danubio si no sirven para el arado, para que esparzan allí entre sus afines el terror del nombre romano.»

Consejo magnífico, que no tenía mas que un defecto, el de venir algunos siglos demasiado tarde; ni era Arcadio el emperador, ni eran sus ministros y cortesanos los hombres capaces de representar y reanimar el antiguo espíritu romano ni de vencer ya á los germanos á viva fuerza.

Al contrario, los ministros de los dos niños imperiales, en sus dos cortes respectivas de Rávena y de Constantinopla, con sus intrigas palaciegas, con sus disensiones intestinas y de partido trabajaban directamente para la perdición de las dos mitades del gran imperio, haciendo servir á todo el mundo, y por supuesto también á las tropas germánicas y á sus jefes, de instrumentos de sus planes ambiciosos y pasiones personales. Para ganarse el favor de los germanos llegó el poderoso ministro Rufino hasta ponerse traje germánico en una visita que les hizo en su campamento; y el haber prohibido tamaño abuso el jóven emperador Honorio prueba que era frecuente. De Constantinopla dicen autores contemporáneos que se había hecho una ciudad de bárbaros; y otros romanos confiesan que los hombres del país se habían vuelto mujeres, y que los verdaderos hombres en el

imperio eran los godos. En el pueblo pasaba lo que dice Sinesio; el odio contra los bárbaros era violentísimo, y tanto que de cuando en cuando estallaba en una ú otra provincia ó localidad bajo la forma de una especie de visperas sicilianas, es decir, en la matanza á traición de todos los germanos alojados en las casas. A este odio correspondían los godos con mal contenido y concentrado furor, hasta que por fin rasgaron con un robusto levantamiento general las negras nubes cargadas de siniestra electricidad que cual peso de plomo oprimían la atmósfera social. El pueblo visigodo, cansado de su posición bochornosa, irritado desde la muerte de Teodosio por mil rastreas tacañerías y ruindades, se sublevó en 395 rompiendo un pacto que los bizantinos habían ya roto tantas veces con sus sorpresas sangrientas; aclamó por rey de todos al jóven Alarico, á quien el gobierno de Constantinopla había negado el ascenso que había pedido, y que habiendo servido ya al gran Teodosio en muchas ocasiones con secreta repugnancia, estaba furioso viendo burlada su esperanza de ocupar en el ejército bizantino el puesto elevado que ambicionaba. Alarico aprovechó, pues, con avidez la ocasión de alcanzar su objeto por otro camino, es decir, haciendo la guerra al imperio como jefe de su pueblo; y se puso á su cabeza, no como Teodorico por derecho tradicional de nacimiento, pues no era siquiera hijo de un jefe de tribu, sino como Fridigerno, como jefe aventurero. A ejemplo de éste evitó también Alarico en sus guerras las plazas fortificadas conociendo muy bien la imposibilidad de emprender sitios con sus germanos, á los cuales encargó «la paz con las murallas;» contentándose con el país llano en el cual podía alimentar su gente y satisfacer su codicia con fáciles saqueos. De este modo devastó sucesivamente la Tracia, la Macedonia, la Tesalia, la Iliria y la Arcadia, sin que las tropas imperiales osasen hacerle frente, ni defender siquiera seriamente las Termópilas ni el istmo de Corinto. Por este istmo penetraron los godos en Grecia, donde, á excepción de Tebas á la cual salvaron sus fuertes murallas, ocuparon sin resistencia á Esparta, Corinto, Argos, Tegea, Megara y Atenas, á pesar de la leyenda griega segun la cual había pasado Alarico con sus godos de largo espantados de la aparición de la diosa Palas Atenea ó, segun otra version, de Aquiles, que les habían amenazado desde la altura de la Acrópolis. Lo mismo se dijo respecto de Delfos, protegida por Apolo. En vano brindóse Estilicon, germano tan valiente como hábil que gobernaba en nombre de Honorio el imperio occidental, á socorrer por mar y tierra al imperio de Oriente; su colega Rufino, ministro de Arcadio, le temía y odiaba mas que á los visigodos. Sin embargo, cuando al año siguiente Alarico llegó á amenazar á la misma capital de Constantinopla, tuvo que solicitar los auxilios que un año antes había despreciado.

Estilicon acudió y desembarcó en 396 con sus fuerzas en el istmo de Corinto, y pronto logró encerrar á los godos en los montes Foloe en la Arcadia, donde faltos de viveres se hallaron muy pronto en la alternativa de rendirse á discreción ó de morir de hambre, porque viajando con su inmensa impedimenta de carros, mujeres, hijos, esclavos, ganados, ajuar y botín, estaban muy léjos de poder moverse y maniobrar como los ejércitos romanos. Salieron sin embargo de su peligrosísima y casi desesperada situación, segun se cree, favorecidos por el mismo general enemigo que temía acrecentar con su aniquilamiento total el poder de su competidor y rival Rufino; pero es también cierto que la posición de Alarico y de sus godos se había mejorado poco á poco por la negligencia y vida desordenada de las tropas sitiadoras, y que habría costado una mar de sangre el asalto del campamento de los godos con sus parapetos de carros y sus fosos

dobles. En todo caso es imposible apurar la verdad por los documentos y escritos que han llegado hasta nosotros. Lo único que se sabe de fijo es que Alarico obtuvo la libre salida, garantida por un convenio en regla hecho con Estilicon, y quizá también con Rufino, abandonando sin ser molestado el Peloponeso en dirección al Epiro, mientras que la corte de Constantinopla, ya fuese por estipulación en el mismo convenio, ya por verse por otros motivos precisada á ello, satisfizo todas las exigencias del rey godo, nombrándole general (*dux*, duque) de Iliria, y quién sabe si también capitán general (*magister militum*), racionando á su gente y proveyéndola de todo lo necesario á costa de los arsenales y almacenes imperiales hasta la frontera. Allí, Alarico, situado entre los dos imperios, tomó posiciones para estar á la vista de los movimientos que en uno y otro pudieran ocurrir, á punto siempre de caer sobre el que mas le acomodare, en caso de que el territorio que ocupaba, en cierto modo provisionalmente, no ofreciera condiciones para establecerse definitivamente en él. Al fin se dirigió á la Iliria, sin que se sepan los motivos que le determinaron á dar este paso. Algunos pretenden que Rufino, el ministro del imperio oriental, le excitó secretamente á ello para llevar tan incómodos huéspedes al territorio de su enemigo Estilicon; pero esta excitación no habría sido suficiente si la ausencia del citado ministro y temido defensor del Occidente, ocupado á la sazón en sus campañas en la Galia y la Retia, no hubiese convidado á los visigodos á visitar los distritos menos saqueados y esquilados á la par que mas ricos del Occidente. Además, Alarico conocía ya los puertos y desfiladeros de los Alpes por haber hecho allí una campaña al servicio de Teodosio cuando la batalla de Aquileya. Empezaron, pues, los visigodos la marcha á fines de otoño del año 400, para evitar á su gente las consecuencias de la estación calurosa. Poco se sabe de los combates, marchas y encuentros que siguieron, y mucho menos del orden de fechas en que ocurrieron. En 14 de enero de 401, día de San Félix, se lamentó ya San Paulino de Nola de los encuentros y de los horrores de la guerra que los visigodos habían llevado entonces á la Campania.

Ocupado Estilicon en la Retia, derrotó Alarico las tropas imperiales cerca de Aquileya y forzó el paso del Timavo, derramándose con sus hordas hambrientas por el Véneto que quedó devastado; pasó luego el Po y echóse sobre el Genovesado y la Toscana, mientras que sus ligeros jinetes exploradores llegaron hasta el Mediodía de Italia aterrizando hasta á los habitantes de Roma que á toda prisa recompusieron las murallas de Aureliano. El emperador significaba tan poco, que ni siquiera se sabe dónde se hallaba mientras la tempestad visigoda invadía la misma cuna del gran imperio romano. Llegó por fin el salvador: Estilicon, despues de escarmentar á los bárbaros en los límites septentrionales de la Retia, y de haber concluido sus nuevos preparativos, penetró otra vez en la Italia, indefensa y á la merced de bárbaros, y forzó el paso del Adda cuyas orillas trataron los godos en vano de defender. El emperador, probablemente encerrado en Milan, fué socorrido, y en el mismo día de Pascua, 19 de marzo de 402, el impetuoso general romano atacó en su campo de Polenza á los godos, muy distantes de esperar aquel día al enemigo. A juzgar por los datos mas fidedignos que se han conservado, perdieron los godos aquel día la batalla ocupando el enemigo, aunque no fuese sino de paso, su campamento, porque consta que el general libertó á los prisioneros que los bárbaros llevaban consigo, é hizo además otros, entre ellos hombres, mujeres y niños. Otra prueba hallamos también en el poeta cristiano Prudencio que celebra en sus versos la jornada de Polenza como una